

LA CASA DEL 20 DE JULIO

Escribe: MANUEL JOSE FORERO

En presencia de estos muros la dignidad ciudadana se irguió el 20 de julio de 1810.

Desde el abrigo de este alero se esparcieron en alas de todos los vientos las voces de los criollos enaltecidos por la sangre española del siglo XVI, para reclamar con altivez los derechos que pretendieron negarles y les negaron los peninsulares del siglo XVIII.

Cuando los gobernantes de España olvidaron que los países americanos se hallaban poblados por hombres cultos y buenos, nutridos por la misma fe y vinculados por la misma lengua, entonces la insolencia en la conducta y la crueldad en el trato determinaron la reacción justiciera de quienes se mostraban orgullosos de su vieja estirpe hispana, en medio de los campos y ciudades del Nuevo Mundo.

Aquí, ante las desnudas paredes exteriores de esta casa apasible, los criollos de alta y humilde calidad, los hijos de español y americana, y aun los indios más desvalidos, protestaron contra la increíble rudeza de los virreyes que los atemorizaban, los oidores que los perseguían, y los jueces que los sepultaban en prisiones o los señalaban para el infamante patíbulo.

Aquí, en mitad del 20 de julio de 1810, el pueblo santafereño proclamó su lealtad a los principios eternos que han de regir los pasos de las naciones cristianas, y dijo con numeroso acento que buscaba la libertad de la patria para no verla caer en manos del francés poderoso.

Este recinto oyó el Grito de Independencia.

Desde este sitio sagrado se dilataron en todas direcciones las palabras redentoras de quienes amonestaron a los granadinos para que mantuvieran en alto los principios inmanentes de libertad grabados por Dios mismo en el corazón de los hombres.

De este lugar partieron en busca de todos los ciudadanos de la Nueva Granada los mensajes de los próceres a quienes debemos lo que somos.

En tales mensajes vibró la enseñanza filosófica vertida por Antonio Nariño acerca de los Derechos del Hombre, y la magnificencia patricia de Camilo Torres escrita para la eternidad colombiana en los pliegos del Memorial de Agravios.

Sobre las viejas baldosas que señalaban a comienzos del siglo

XIX lo que fue esta Calle Real de Santafé, se congregaron el 20 de julio las muchedumbres a quienes interesaba el país granadino, como dádiva generosa de la naturaleza americana, y el futuro del pueblo virtuoso que lo habitaba, digno ciertamente de obtener el beneficio de sus dones.

Ninguno de los hombres patriotas faltó el 20 de julio a la cita que le puso la Providencia en este lugar memorable. Nadie pensó en sí mismo con egoísta pensamiento, nadie pretendió dominar con tiranía a la sociedad de sus hermanos. Todos se unieron en aquella hora, así fuesen pobres o ricos, ignorantes o doctos, nobles o plebeyos, para enaltecer la alianza de los granadinos ante el abuso de los incomprensivos magistrados.

Con la vista fija en estos muros blanquecinos la multitud santafeña pidió la reunión del Cabildo de la ciudad, para que sus miembros mejores tomasen el mando de lo que fue hasta entonces Virreinato de la Nueva Granada y fundaran un Gobierno de hijos de nuestro suelo para que nos representase a todos en el estrado de la autoridad suma.

El 20 de julio de 1810 solamente hubo en torno de esta casa un partido, una opinión y una esperanza. Desde este momento quedaron fijos para siempre los vínculos fraternos entre quienes se vieron representados en el enérgico ademán de don Francisco y don Antonio Morales en frente del peninsular José González Llorente. En nombre de la posteridad colombiana actuaron aquel día los varones que amaron hasta el sacrificio a la Patria.

Este inmenso y vasto sacrificio está resumido en los anales de nuestra historia común por el pensamiento de nuestros próceres y la sangre de nuestros mártires, por las ideas escritas en nuestro primer periodismo y las oraciones pronunciadas en nuestros primeros parlamentarios; y por las marchas, vigiliias, pesadumbres y muerte de nuestros valientes soldados.

Todos ellos, sin excepción alguna, entendieron la lección del 20 de julio porque eran puros en el entendimiento y diáfanos en el corazón. Pues para entenderla se requiere, en verdad, la posesión y el dominio del grave lenguaje del espíritu.

Sin límites entregaron sus bienes los mayores y más acaudalados señores, sus joyas las más nobles damas, sus tesoros los más piadosos santuarios, su rectitud los jueces, su prudencia los legisladores, su reciedumbre los esclavos, sus privaciones cotidianas los indios humildes. Sin temer a las acechanzas del porvenir incierto se entregaron al amor de la república Antonio Nariño, el Precursor; Camilo Torres, el Magistrado; Jorge Tadeo Lozano, el Naturalista; Francisco José de Caldas, el sabio; Policarpa Salabarrieta, la Heroína; Francisco de Paula Santander, el Estadista; y sobre todos ellos, Simón Bolívar, su Libertador y Padre.

Pasó el 20 de julio con sus clamores. Pero la Casa Natal de la República sigue en pie, sostenida a través de los tiempos por las altas voces de nuestros fundadores.